

# Una capilla en el Camino de Santiago

Alejandro de la Sota

Comentario sobre la obra, ganadora del Premio  
Nacional de Arquitectura 1954, de Francisco J.  
Sáenz de Oiza, José L. Romaní y Jorge Oteiza .

ETSAB — 08/24

breus



Sugiere este proyecto en mí varias cosas: me habla de la renovación constante y necesaria de las artes (artes caducas y artes muertas); cómo las caducas luchan y desfallecen; cómo las nuevas nacen despreocupadas. Unas y otras se encuentran en un punto común, que es el de su infantilidad. En la vida se vuelven niños los viejos y los santos, los que mueren y los que se perfeccionan. Entrarán en el reino de los cielos aquellos que se vuelvan niños. En arte es infantilismo, la simplicidad; poca ciencia aparente. Quienes no vean en todas estas artes criticadas por su infantilismo un exponente de perfección, que mediten sobre su ceguera: es en pintura, es en música, ocurre en escultura... ¿por qué no ha de ser en nuestra arquitectura?

Estamos en momentos en que la arquitectura se ha simplificado tanto de formas, que ha faltado el respeto a quienes tanto sabían de lo bueno de la arquitectura. Es infantil la arquitectura limpia y es infantil la arquitectura de masas; es de niños los colores enteros que en ella se usan, y también lo es el blanco y el negro. Nunca fue de niños el color crema, la puerta moldurada. Aquí pasa algo: ¿muere esa arquitectura? ¿Se perfecciona? Da igual; lo mismo es; se mueve, está viva, lo único que interesa en arte. Dicen los técnicos de aviación (técnica nueva), como ejemplo de su dinamismo, que cuando las cosas, sus cosas, los aviones, paran, se caen, mueren. Igual que en arte; lo que se para, muere; se hace artesanía para contento de bobos.

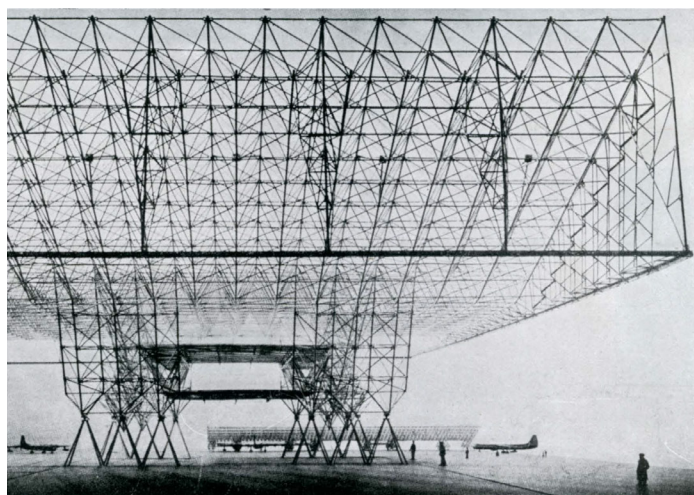
Hemos vivido aquí en España una época triste de arquitectura; posiblemente se nos avecina otra también triste. Hemos vivido una mala o buena artesanía arquitectónica; podemos entrar, hemos entrado, en otra peor aún: la artesanía de las nuevas formas. Se hacen los cien cestos del refrán todos los días. No; no hay arte sin creación. Cada nueva forma debe ser sufrida con el dolor que todo nacimiento lleva consigo.

Si pudiera dividirse la arquitectura que necesariamente hay que hacer —porque el hombre necesita casas, hasta necesita monumentos— en dos grupos: uno, ésta que satisface a estas necesidades y que, tal como se hace, pudiera metafóricamente pintarse toda de gris, de abajo arriba; el otro, la de creación, la única como tal arte, quedaría destacando por sus colores naturales: manchas de colores vibrantes, puros, sobre fondo gris. ¡Hermoso cuadro! No ocurre esto; con sus sucios colores, todo tiene un puesto en este gris de fondo.

Agrada encontrar un proyecto como el de Romani y Sáenz de Oíza. Una depuración tan exquisita es aquí fuera de serie. Usan de eternos materiales: la piedra; y usan de materiales nuevos: el duraluminio. La piedra en forma infantil, y para eso llaman a Oteiza, casi infantil en su persona, por su perfección; el dural en forma aparentemente despreocupada, arquitectónicamente hablando. Este dural se emplea con la pureza que pudiera usarlo un ingeniero que no hace arquitectura, que es cuando sale tan pura la arquitectura, tal vez la actual, la de nuestro siglo. Preocupa este tema de la edad de los metales en arquitectura; edad de los metales por dentro, hablando en lenguaje espiritual. Es necesario pensar en metales aunque usemos de piedras; las usaremos de forma mucho más pura, más noble; contraste entre macizo, pesadez y fragilidad, ligereza. El acierto tremendo de este proyecto, para mí, es el modo profundo de tratar idea y materiales. Me sentí ahora contento al leer lo que los autores dicen de su obra; contento por haber coincidido. Hay en esta obra el tremendo acierto de usar la piedra de la única forma que hoy la podemos usar; de usar en España estructuras regladas; y precisamente este uso hecho en tema religioso, con una gran fragilidad y sensibilidad; unidos estos dos materiales como sólo artistas elevados saben hacerlo: la piedra, usada como niños; el metal, como puros ingenieros; y todo unido, repito, por artistas. ¿No es esto sobrado?

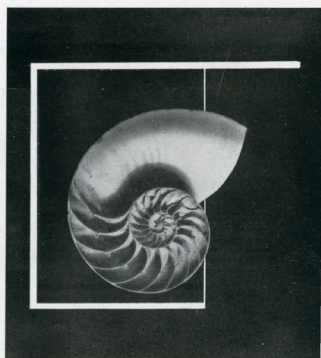
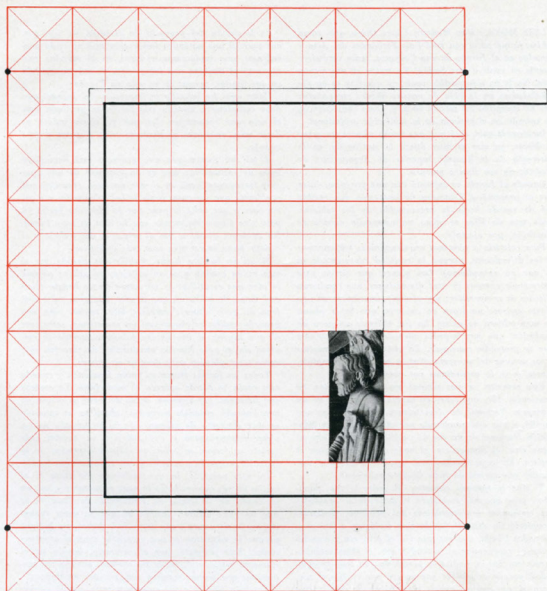
Presentado exquisitamente, exponente también de la exquisitez de sus autores (es indispensable la libre presentación de los trabajos en los concursos para conocimiento cabal de los autores).

Si pudiera, diría de todo corazón: ¡Hágase!



Hangar de aviación. K. Wachsmann, arquitecto. Vista de la maqueta de la estructura.

PLANTA



Fuente e imàgenes: de la Sota, Alejandro, "Una capilla en el Camino de Santiago", *Revista Nacional de Arquitectura*, nº 161, 1955

*Número 30*

**ETSAB breus** — breves és una col·lecció de lectures editada per:

**ETSAB** Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona